

Para cualquier representación pública de mis obras, debes ponerte en contacto conmigo o puedes entrar en SGAE y tramitar la solicitud.

mluzdramaturga@hotmail.com
www.mariluzcruz.com

4 Mentiras

M^a Luz Cruz

Curioso juego de seducción

Una simple llamada

Cualquier día

El último jueves

Cuatro parejas que, entre la comedia y el drama, viven estas cuatro mentiras que transcurren en la habitación de un hotel de 4 estrellas.

Mentiras idealizadas. *Para romper la monotonía y soñar con una vida diferente, la simulada ministra coquetea con su recién simulado guardaespaldas, pero la falta de picardía por parte de él modificará el sofisticado juego.*

Mentiras dolorosas. *Una pareja a la espera de un juicio que tendrá lugar a la mañana siguiente, hace balance de la solidez del matrimonio y de su familia, pero una llamada inesperada pondrá en duda todo su pasado e irremediablemente cambiará su futuro para siempre.*

Mentiras piadosas. *Dora confiesa a su hermana un secreto guardado hace demasiados años. La conversación sube de tono cuando Aurelia se da cuenta que ese secreto ha condicionado su futuro y ha marcado toda su vida.*

Mentiras por venganza. *Una pareja separada hace algún tiempo se da cita todos jueves en la habitación de un hotel, pero este jueves será diferente, ella se percata del doble juego de él y ha decidido poner fin a sus encuentros clandestinos.*

Cualquiera de estas cuatro historias se puede poner en escena por separado.

Decorado: *El decorado de las cuatro escenas es la habitación de un hotel de cuatro estrellas en el centro de cualquier ciudad. Cama doble, mesitas, un ventanal con cortinas, televisión, minibar, mesa y sillas o sillones y todos los accesorios necesarios para decorar la habitación.*

Curioso juego de seducción

Personajes: MINISTRA y GUARDAESPALDAS

(Se abre la puerta de la habitación y entra a toda prisa la MINISTRA y detrás la sigue el GUARDAESPALDAS. Las cortinas están corridas, pero entra luz a través de ellas)

(Ella, viste un elegante traje de chaqueta en color neutro, lleva la cartera correspondiente a su cargo, y él un traje oscuro, el atuendo reglamentario de guardaespaldas incluidas gafas oscuras)

MINISTRA- *(Visiblemente alterada)* ¡Qué horror! ¡Qué miedo he pasado! Menos mal que hemos conseguido ponernos a salvo de esos salvajes. ¿Se ha fijado como tiraban? ¡A matar!

GUARDAS - *(Mirando por todas partes)* Señora ministra, creo que esa era su intención.

MINISTRA - Y de las consignas que lanzaban, ¿qué me dice de ellas? ¿Ha oído lo que decían?

GUARDAS - *(Se quita las gafas y corre las cortinas)* Como para no oírlas, con los gritos que pegaban.

MINISTRA - No comprendo cómo ha surgido ese brote de violencia hacia mi persona.

GUARDAS - Son cuatro exaltados con ganas de armar follón.

MINISTRA - Ahí, había más de cuatro y más de cinco... De todos modos, espero que, por ser su primer día, todo esto no le asuste y le dé una idea equivocada de mí.

GUARDAS - No se preocupe, no tiene que justificarse ministra, a fin de cuentas, mi trabajo consiste en protegerla.

MINISTRA - *(Con una sonrisa picarona)* Sí, claro, claro. Con el nerviosismo se me ha caído la cartera y no atinaba a recogerla.

GUARDAS - Pues una ministra sin su cartera es como un perro sin collar.

MINISTRA - Que comparación tan curiosa. ¿Usted entendía lo que gritaban esos bestias?

GUARDAS - Sí, clarito, clarito.

MINISTRA - ¿Qué decían esos energúmenos?

GUARDAS - ¿De verdad quiere saberlo? Mire que...

MINISTRA - Sí, hombre, sí, siempre es bueno saber que opinan de una.

GUARDAS - ¿Está segura? Porque opinar... opinar... no opinaban muy bien de usted...

MINISTRA - No se preocupe más y dígalo ya.

GUARDAS - (*Conecta la grabación del móvil*) Bueno, pues ahí va eso, voy abrir la ventana para que lo oiga en todo su esplendor (*Abre la ventana y se escucha voces agresivas*) ¡Ministra, cochina, vete a la cocina! ¡Ministra, marrana, tírate por la ventana!

MINISTRA- (*Enfadada lo mira de arriba abajo*) ¡Que poco original! Cierre, cierre. Lo que me figuraba. Como siempre asociando a la mujer con las cazuelas, como si todo nuestro fin consistiese en servir de chachas de los hombres. Pero, en fin, si todos esos machistas no dan para más...

GUARDAS - También había mujeres.

MINISTRA - Sí, había una en concreto, que lanzaba cada perdigonada al gritar que parecía, en lugar de una persona, un perro rabioso.

GUARDAS- Si es que hay cada una para echarla de comer aparte.

MINISTRA - Sí, y cada uno... Qué miedo he pasado, cuando ese bestia con cara de psicópata se ha acercado para tirarme los huevos.

GUARDAS – Pero, por suerte, ni la ha rozado.

MINISTRA - Y menos mal, porque este modelito vale una pasta.

GUARDAS - (*Con intención*) Ya... ya lo veo...ya...

MINISTRA - Y todo gracias a su rapidez.

GUARDAS - Gracias.

MINISTRA - No puede decir lo mismo la pobre presidenta de la Asociación de Bordados y Encajes, que ha tenido la mala fortuna de cruzarse en ese momento y ¡¡zas!! Ese energúmeno la ha puesto el traje perdido. Ese traje se veía acabado de estrenar.

GUARDAS - Sí, sólo le faltaba la etiqueta colgando. Pobre mujer.

MINISTRA - Sí, desde luego, pobrecilla. Que irónico, esa pobre presidenta venía tan contenta a ofrecerme un bonito presente en nombre de la asociación, y...

GUARDAS - (*Cortándola*) Y el presente se lo ha llevado ella, (*Con una sonrisita*) en forma de huevos estrellados.

MINISTRA - No sea malo. Aunque entiendo que al verla de esa guisa le entrase la risa.

GUARDAS - Perdóneme, no era mi intención burlarme, es que no he podido evitar las carcajadas.

MINISTRA - No, si le entiendo, si hasta yo he tenido que morderme los labios para no reírme en su cara, y he pasado un apuro...

GUARDAS - Con tanto huevo ha quedao más amarilla que Bob Esponja.

MINISTRA - Aunque, si le soy sincera, tal como pintan las cosas últimamente creo que es mejor que ese presente no me lo haya podido entregar.

GUARDAS - ¿Por qué?

MINISTRA - Porque podrían acusarme de aceptar regalos para favorecer a esa asociación.

GUARDAS - ¿En qué puede usted favorecer a una asociación como esa? ¿Tal vez pidiendo que le suministren el hilo a más bajo precio?

MINISTRA - Vamos, no sea usted iluso. Sepa que cuando alguien te ofrece algo, algo te va a pedir.

GUARDAS - Sí, eso a lo largo de mi vida lo he aprendido al dedillo. Pero insisto, ¿qué pueden pedirle a usted?

MINISTRA - ¿Aparte de lo del hilo? Pues, por ejemplo, que abogue para que a la asociación le concedan un local en algún lugar céntrico de la ciudad... O que les cedan de forma gratuita un salón en el centro de exposiciones municipales, para exponer sus labores. O tal vez que promocionemos sus trabajos para que sean vendidos en el resto de la península y en el extranjero...

GUARDAS - (*Sorprendido*) Vaya, no me imaginaba la cantidad de cosas que se pueden pedir a cambio de unos tapetitos...

MINISTRA - No lo sabe usted bien.

GUARDAS - Ya veo que no, ya. Aunque no me pega mucho que una asociación de señoras con tanta candidez y con un aire tan inocente, puedan ser tan calculadoras.

MINISTRA - Amigo mío, si yo le contara... Hay veces que detrás de la sonrisa de una ancianita, se puede esconder hasta un asesino.

GUARDAS - (*Sorprendido*) Vaya... vaya... No, si nada más verla a usted se aprecia que está muy bien aleccionada. Y eso que según tengo entendido, a los políticos no se le exige ni una mínima prueba de capacidad para ejercer su cargo...

MINISTRA - Bueno, dicho así... En la política lo más importante es tener vocación de servicio.

GUARDAS - No sé si opinarían lo mismo las ancianitas de los tapetitos cuando la han visto correr.

MINISTRA - (*Algo molesta*) ¿Qué insinúa? Tenía que protegerme de esos bárbaros, ¿no le parece?

¡Me debo al presidente, a mi partido y a los electores!

GUARDAS - Sí, sí, claro, desde luego. Se ve que está usted muy comprometida y se debe a mucha gente.

MINISTRA - ¿Tenía alguna duda?

GUARDAS - No, no. Se ve enseguida que disfruta usted mucho con su cargo.

MINISTRA - Gracias por su apreciación. (*Coqueteando*) Aunque en estos momentos estamos con otros asuntos más... mucho más apetecibles... ¿No le parece?

GUARDAS - (*Tratando de salir del paso*) Sí, claro.

MINISTRA - (*Se desabrocha la chaqueta*) Por cierto, ¿cómo me ha dicho que se llama?

GUARDAS - No nos ha dado lugar a presentarnos cuando se ha liado todo ese follón.

MINISTRA - Tiene razón.

GUARDAS - (*Le tiende la mano*) Me llamo Antonio.

MINISTRA - (*Contrariada*) ¿Antonio? ¡Vaya, Antonio!

GUARDAS - ¿Ocurre algo con mi nombre?

MINISTRA - (*Seca*) No, no, únicamente que me lo imaginaba con “otro” nombre.

GUARDAS - ¿Con “otro” nombre? ¿Con cuál?

MINISTRA - (*Contrariada*) No sé, con cualquier otro menos con ese.

GUARDAS - ¿Por qué?

MINISTRA - Pues, no sé... (*Coqueteando*) Fíjese, ahora mismo tiene usted pinta de llamarse cualquier otro nombre, menos Antonio (*Pensando en voz alta*) Antonio... Antonio...

GUARDAS - (*Con intención*) Pues... ya ve, no tengo otro, ese es el que me pusieron mis padres, Antonio, como mi padre y como mi abuelo. Pero si la señora ministra lo prefiere puede llamarme Toño.

MINISTRA - (*Mosqueada*) ¡¿Toño, Toño?! ¡No, de ninguna manera!

GUARDAS - Insisto, señora ministra, tómese la libertad.

MINISTRA - ¿Tomarme la libertad? No sé si llamarle Toño es libertad o penitencia. (*Pensando en voz alta*) Toño, ¡por Dios, Toño es espantoso! Tan poco serio y tan poco...

GUARDAS - Vaya, no sabía que el nombre le importase tanto.

MINISTRA - Pues ahora ya lo sabe. El nombre es muy importante. Con un nombre atractivo la

comunicación hace que resulte muchísimo más agradable al oído.

GUARDAS - No había caído en eso.

MINISTRA- (*Con doble intención*) Pues hay que caer, amigo mío, hay que caer...

GUARDAS - (*Sin entender nada*) ¿Alguna mala experiencia con ese nombre?

MINISTRA – (*Mosqueada*) No, simplemente que me resulta “demasiado” familiar...

GUARDAS - ¿Y eso es bueno o malo?

MINISTRA - (*Con intención*) Ni bueno, ni malo, sino más bien, algo repetitivo. (*Se queda pensativa*)

GUARDAS - ¿Le ocurre algo?

MINISTRA - No, nada. Su nombre me ha dejado algo descolocada. ¿No tiene ni un alias? (*Contoneándose con coquetería*) Ya sabe, algún apodo curioso e imaginativo.

GUARDAS - ¿Más que Toño?

MINISTRA - ¡Por amor de dios, olvide ese nombre, es de pena! (*Vuelve a coquetear con él*) ¿Le importa si le llamo Anthony?

GUARDAS - (*Simplón*) A mí me da igual, si eso la hace feliz... Bueno, lo dicho, señora ministra, es un placer trabajar para usted.

MINISTRA - (*Tendiéndole la mano*) Gracias, y mucho gusto, (*Con intención*) Anthony...

GUARDAS - ¿Cómo? ¡Ah, sí, ya! Perdón que me ha sonado raro. Es que tengo que acostumbrarme, pero ya...

MINISTRA - ¿Seguro que ya...?

GUARDAS - Sí, tranquila, ya estoy en situación.

MINISTRA - Bien. (*Con una sonrisa*) Mi nombre no hace falta que se lo recuerde, ¿verdad, Anthony...?

GUARDAS - (*Cauteloso*) No, no. Pero... usted, ¿cómo prefiere que la llame? ¿Por su nombre “de pila” o por el de ministra?

MINISTRA - Ministra, estará bien. (*Se quita la chaqueta y la tira sobre la cama*) No es necesario que sea usted tan ceremonioso conmigo. No hace falta que le recuerde que si usted y yo estamos en sintonía, vamos a trabajar codo con codo, mucho... mucho tiempo.

GUARDAS - (*Coge la chaqueta de encima de la cama con mucho cuidado y la coloca en el respaldo de la silla*) Sí, eso espero. Ahora hay que ver si pasamos con buena nota la prueba.

MINISTRA - Tan poca confianza tiene en usted...

GUARDAS - Es que nunca se puede estar del todo seguro. Está todo tan revuelto que siempre hay algún que otro buitre al acecho, dispuesto a mandarnos de un plumazo al banquillo.

MINISTRA - Vamos, Anthony, vivir con un poco de incertidumbre no está mal, ¿No le parece? Eso hace que nos mantengamos alerta y que todo resulte mucho más excitante. *(Abre el mueble bar y saca dos botellines de cualquier licor, tiende la mano y sin mediar palabra le ofrece uno a él)*

GUARDAS - *(Inconscientemente coge el botellín y sigue hablando sin abrirlo)* Alerta y sin dejarnos descansar, porque hay tanta oferta, que se pasa uno la vida estando a prueba.

MINISTRA - No me imaginaba que fuera tan inseguro.

GUARDAS - Como todos, en algunas situaciones soy más inseguro que en otras.

MINISTRA - *(Pasando la mano sutilmente por la solapa de la americana)* ¿Y en ésta en concreto cómo se encuentra, más o menos seguro?

GUARDAS - ¡A la expectativa! A ver si paso la prueba. No me gustaría suspender, ¡me juego mucho!

MINISTRA - *(Luce una gran sonrisa de complicidad al tiempo que va pasando la mano sensualmente por la solapa de la americana)* Venga, Anthony, tiene que confiar más en sus encantos, tanta inseguridad, ya sabe... no es buena para realizar con éxito su cometido...

GUARDAS - *(Sin darse cuenta de que tiene el botellín en la mano, las mueve como unas hélices)* Si es que esto es mucho para mí.

MINISTRA - *(Sigue)* ¿El qué, es mucho para usted, el botellín o el tener puestos los cinco sentidos en mí?

GUARDAS - *(Dándose cuenta que tiene el botellín en la mano)* Huy, perdón. Ni me había fijado que lo tenía de la mano.

MINISTRA - Vamos, tómese, ¿o piensa tenerlo en la mano hasta que esté como el caldo?

GUARDAS - Si no le molesta, prefiero no tomar nada, quiero estar bien sereno.

MINISTRA - *(Algo mosqueada)* ¡Como quiera! Yo pienso beberme éste, *(De un tirón se lo arranca de las manos el suyo)* ¡y este también! *(Se los bebe de un trago los dos)*

GUARDAS - ¡Hala, de un trago! *(Nervioso)* Tenga cuidado que le puede sentar mal... Y después viene lo que viene...

MINISTRA - ¡Pues que venga lo que quiera! ¡Ya está bien de tanto pesimismo y negatividad!

GUARDAS - No es negatividad es desconcierto. Estoy que no estoy. Yo no estoy acostumbrado a tanta sofisticación.

MINISTRA- ¡No, si eso ya lo veo! ¡¡Tom, decididamente es usted un simple y un coñazo!!

GUARDAS - (*Desconcertado*) Vaya, ahora soy Tom.

MINISTRA - (*Lo tira de la corbata*) Aflójese un poco la corbata que está tan tenso y se va a ahogar. (*Ella se desabrocha un par de botones de la blusa, dejando ver un sujetador muy sensual*)

GUARDAS - Como para no estarlo. (*Tosecilla de disimulo*) Ministra, ¿no cogerá frío así tan...?

MINISTRA - (*Se pasa sutilmente la mano por el escote para provocarlo*) ¿Así...? ¿Así, cómo?

GUARDAS - (*Cortado*) Tan...

MINISTRA - No se preocupe por mí, soy muy calurosa. Y en este momento, no sé qué me pasa que estoy que echo fuego...

GUARDAS - (*Nervioso*) Pues anda que yo... Serán los nervios propios del incidente.

MINISTRA - ¡No sea pelma! Quién se acuerda ya de eso. (*Acercándose a la ventana*) Por cierto, ¿se habrán marchado ya esos bestias?

GUARDAS - (*Apartándola de golpe*) ¡No, usted no se asome, y menos así!

MINISTRA- ¿Otra vez con eso? Si no se explica mejor...

GUARDAS - Dejando ver...

MINISTRA - Ver, ¿qué...? (*Subiendo el tono algo mosqueada*) ¡Vamos, no se corte!

GUARDAS - Ya sabe, dejando ver toda su ropa interior.

MINISTRA - Qué exagerado es, toda, toda... (*Sensualmente le va desatando la corbata*) Tom, ¿le gusta mi ropa interior...?

GUARDAS - Sí, mucho, es muy interesante.

MINISTRA - (*Mosqueada*) ¿Interesante? No sabía que la ropa interior era interesante. ¡Seductora, sensual, atractiva, sugerente, insinuante, provocativa, todo! ¿Me oye? ¡Todo! ¡Un conjunto interior puede ser cualquier cosa, menos interesante!

GUARDAS - Perdón, perdón por el despiste. Bueno, pero además de todo eso que ha dicho, a juzgar por el tacto que tiene... también debe de ser bastante cara...

MINISTRA- (*Desconcertada*) ¿Cara? El precio está muy ajustado. (*Cambio*) (*Insinuante*) Vamos, Tom, no se prive, puede tocar todo lo que quiera... Toque, toque, ya verá que suavidad...

GUARDAS - (*Tocando con mucho cuidado*) Sí es suave, sí.

MINISTRA - Y el color, ¿qué me dice del color? ¿Le gusta...?

GUARDAS - Mucho, es muy bonito.

MINISTRA - (*Cogiéndole la mano*) Pero toque, toque.

GUARDAS - No, prefiero no tocar más.

MINISTRA - (*Coqueteando*) ¿Por qué...? ¿Se ha puesto nervioso...?

GUARDAS - (*Desconcertado*) No, bueno, sí, un poco. No quiero tocar porque tengo miedo de hacerle un enganchón en la blonda. Es que tengo las manos un poco ásperas.

MINISTRA - (*Decepcionada*) Vaya, también las manos ásperas. ¡No se priva usted de nada!

GUARDAS - Me debería haber puesto un poco de crema de manos.

MINISTRA - (*Seca*) ¡Sí, hubiera sido todo un detalle por su parte!

GUARDAS - Es que he salido a estampida y no pensaba yo que tendría que tocar una lencería tan fina. Es tan delicada que hasta en el color se ve enseguida que ese conjunto tiene que valer una pasta.

MINISTRA - ¡Ya está bien! ¡Otra vez con eso! Amigo mío, su insistencia por el precio de mi ropa interior raya en lo obsesivo.

GUARDAS - (*Cortado*) No, no, qué va.

MINISTRA - Puede estar tranquilo que no he derrochado ningún capital. Sepa, que no es una prenda barata, pero tampoco es de las más caras que tiene esta firma. Esta marca cuenta un gran número de modelitos... (*Seca y con doble intención*) Tantos como ocasiones se le pueden presentar a una mujer.

GUARDAS - No lo dudo. Los hombres para eso somos diferentes, con llevar unos slips que sean bien cómodos, ya estamos contentos.

MINISTRA - (*Con doble intención*) Eso será para usted, porque hay hombres muy hombres que cuidan tanto su ropa interior como una mujer, y algunos hasta más.

GUARDAS - Eso serán los metrosexuales, pero yo no soy de esos.

MINISTRA - No desde luego que no, no hace falta que lo jure. Usted es que está chapado a la antigua, y no le vendría nada mal, pero que nada mal ponerse un poquito al día.

GUARDAS - Puede. Pero para mí ante todo está la comodidad.

MINISTRA - (*Mosqueada*) Y no tiene por qué renunciar a ella. Para estar cómodo no es cuestión de llevar unos calzoncillos que parecen un pañal. Es usted muy joven para ser tan antiguo, y en esta vida, tenemos la obligación de renovarnos. Porque o te renuevas o te renuevan.

GUARDAS - Me ha dejado parado.

MINISTRA - Pues si le he dejado parado ¡muévase que ya es hora!

GUARDAS - (*Pensando en voz alta*) Un pañal, o sea que son como un pañal.

MINISTRA - Sí, y deje de repetirlo que no es plato de gusto, pensar ahora en eso. (*Coquetea a la vez que le acaricia el trasero*) Tom, todo es cuestión de estilo, de jugar con las posibilidades que tenemos, de resaltar nuestros encantos... Ya me entiende... Esto es algo similar a lo de su nombrecito... (*Le agarra sus partes*) Con algo más modernito resaltaría de manera considerable sus... atributos masculinos.

GUARDAS - (*Con una carcajada*) ¡Huy! ¿Usted lo cree así?

MINISTRA - (*Sigue con la mano en sus partes*) Lo creo Tom, lo creo...

GUARDAS - ¡No siga, no siga, que tengo cosquillas! Está haciendo que me suban los colores. (*Simplón*) De todos modos quien lo tiene que ver no creo que le importe mucho.

MINISTRA - (*Le suelta de golpe*) ¡Ya está bien, esto es el colmo! ¡Es usted un simplón! ¡Siempre es un detalle para con el otro! No se alegra igual la vista ver a un hombre ataviado con un pañal que luciendo un moderno slip. A usted le parecería bien que yo llevase la ropa interior de mi abuela...

GUARDAS - (*Simplón*) Bueno a mí...

MINISTRA - A usted, ¡¡qué!! ¡A usted qué! ¡Qué demonios le pasa a usted! ¡Déjelo, es mejor que no conteste por qué...!

GUARDAS - Vamos, ministra... ¿se ha enfadado por unos calzoncillos...?

MINISTRA - ¡Es su actitud la que me enerva!

GUARDAS - Pues no entiendo por qué.

MINISTRA - ¡Ese es el problema, que no entiende nada! (*Enfadada*) No sé el tiempo tendremos que estar aquí casi secuestrados, y a mí me está entrando hambre.

GUARDAS - Pues yo no tengo ninguna.

MINISTRA - (*Seca*) Pues muy bien. ¿Todavía siguen ahí? (*Hace la intención de asomarse a la ventana*)

GUARDAS- No lo sé. Déjeme mirar, usted no debe exponerse. (*La Ministra se retira al cuarto de baño*) (*El guardaespaldas abre un poco la ventana*) Sí, ahí siguen. ¿Los oye?

MINISTRA - (*Desde dentro*) Sí, ya los oigo.

(*El guardaespaldas, cierra la ventana y cesan los ruidos*)

MINISTRA - Tendremos que pedir que nos sirvan algo de comer.

GUARDAS - (*Sorprendido*) ¿Ahora?

MINISTRA - Sí, ahora, ahora. ¡¿Cuándo va a ser?! Voy a ver que nos pueden subir. (*Coge la carta de servicios y empieza a leer*) Virutas de jamón ibérico, salmón a la Menier, espárragos trigueros, tortilla a la española.

GUARDAS - (*Le quita la carta*) Spanish omelette ¡Vamos, la tortilla de patatas de toda la vida! Con lo que cobran por ella se podría comprar todo el patatar y toda una granja de gallinas.

MINISTRA- (*Sin hacer ni caso*) No sea exagerado. ¿Qué le pido para usted?

GUARDAS - Para mí, nada. (*Sigue mirando la carta*)

MINISTRA - (*Le quita la carta de un tirón*) Bueno, pues usted se lo pierde. Yo voy a pedir, suprema de salmón a la plancha, jamón ibérico cortado en virutas y para beber, champan bruc imperial Moet Chandon.

GUARDAS - ¡Hala, hala! (*Mirando la carta*) ¡Joder! Una botella de agua de 33 centilitros, cuatro euros.

MINISTRA - (*Sigue sin hacer ni caso*) Es agua de manantial no del grifo.

GUARDAS - ¿Y qué? Ni que fuese agua recogida de unas cataratas arriesgando la vida. No deja de ser una simple botella de agua.

MINISTRA- ¡¿Nuestro matrimonio hace aguas y a ti solo te preocupa el precio de esta botella?!

GUARDAS - ¿Y crees que esto es la solución, gastar lo que no tenemos?

MINISTRA - ¡Bueno ya está bien, me has amargado la fantasía! ¡Yo al menos me preocupo por salvar nuestro matrimonio!

GUARDAS - ¡Y yo! ¡Pero para salvarlo no es necesario pagar estos precios por cuatro chuminadas!

MINISTRA - ¡No te soporto! ¡Para ti serán chuminadas, pero para mí son detalles importantes!

GUARDAS - ¡Pues para mí no! ¡No entiendo a qué viene tanta chaladura!

MINISTRA - ¡Tú no entiendes nada! (*Se deja caer en el borde de la cama y empieza a lloriquear*) Yo solo quería vivir una aventura romántica con algo de glamour, como pasa en las películas, pero contigo es imposible, ni siquiera has tenido el detalle de cambiarte el nombre, hasta te he grabado en el móvil el griterío de una manifestación para darle realismo a mi fantasía.

GUARDAS - Sí, y yo te lo he reproducido en su momento. Lo de cambiarme el nombre no creí que eso fuera necesario.

MINISTRA - ¡Para mí sí lo era! En todas las fantasías el nombre es importante.

TONI - Si me cambio el nombre es como si estuvieras con otro y eso no me hace ninguna gracia.

MERCHE - ¡Solo era una fantasía! (*Gimoteando*) ¿Por qué nosotros no podemos tener una vida con algo de glamour y tenemos que conformarnos con nuestra vida llena de rutina y mediocridad?

GUARDA - (*Le limpia las lágrimas mientras le hace una caricia*) Venga, cariño, cálmate, sabes que me parte el corazón verte así.

MINISTRA - Dime, ¿por qué...?

GUARDAS - Porque ni tú eres ministra ni yo soy tu guardaespaldas. Solo somos dos trabajadores de a pie, que apenas les llega el sueldo a final de mes.

MINISTRA- Dicho así suena fatal.

GUARDAS - Pero es la verdad. Tú eres una taquillera de cine y yo un mecánico de coches. ¿Y qué?

MINISTRA - Yo solo quería vivir una aventura, sentirme por una vez la protagonista. Tú no sabes lo que es ver todas esas películas llenas de aventuras y de glamour y tú no poder ser nunca la protagonista de ninguna de ellas. ¿Tú nunca piensas eso?

GUARDAS - (*Besuqueándola*) Yo no, nunca. Tú siempre has sido muy romántica. Pero eso no quiere decir que no me guste vivir aventuras, pero no con una ministra mandona.

MINISTRA – Pues a eso se le llama “la erótica del poder”.

GUARDAS - Se llamará como quieran. Mi amor, yo puedo vivir cualquier historia, la que tú quieras, siempre que la protagonista seas tú. (*Empieza a hacerle cosquillas*) Ven aquí picarona, y vamos a aprovechar bien aprovechada esta habitación.

MINISTRA - (*Riendo a carcajadas mientras intenta soltarse*) ¡Cosquillas no! ¡No, cosquillas no! (*Coqueta*) ¿Y entonces...? ¿Qué te pone a ti?

GUARDAS - (*Besuqueándola por todas partes*) ¡Tú! ¡Me pones, tú! Porque estoy locamente enamorado de ti.

MINISTRA - ¿Yo...? ¿Solo te pongo yo?

GUARDAS - Sí, y no sabes cómo... (*Interpretando la fantasía, le va bajando la cremallera hasta quitarle la falda. Ella se queda en ropa interior*) Señora, ministra, lo siento, tendrá que buscarse otro guardaespaldas. (*Tira la falda en una silla*) que a un servidor la que le vuelve loquito es la taquillera.

Oscuro

Una simple llamada

Personajes: Pablo y Marisa

(Al abrir la habitación se verá la pantalla de la televisión encendida con la página de bienvenida al hotel.)

PABLO - *(Al entrar se detiene y mira las camas mientras se quita la chaqueta)* ¿Por qué has pedido una habitación con dos camas?

MARISA - Cuando llamé por teléfono les pedí una habitación doble.

PABLO - Tenías que haberles dicho que la querías con cama de matrimonio.

MARISA - No me lo preguntaron y yo no sabía que se tenía que decir, como siempre te has ocupado tú de eso... Pero qué más da, qué importancia tiene, por una noche.

PABLO - Para mí sí la tiene.

MARISA - Pero bueno ¿qué te pasa? No creo que por dormir esta noche separados nos vaya a pasar nada.

PABLO - *(Apagado)* A lo mejor es la última noche que dormimos juntos en la habitación de un hotel.

MARISA - Anda, deja de decir tonterías, estás poniendo el carro antes que el caballo. Mira, si tanta ilusión te hace podemos juntar las dos camas.

PABLO - *(Resignado)* No, déjalo, vamos a dar mucho ruido. *(Mirando la habitación)* Qué lástima de habitación. Tiene guasa la cosa, tú y yo en la habitación de un bonito hotel de cuatro estrellas esperando...

MARISA - ¡Por favor, Pablo! No volvamos otra vez con eso. Quieres dejar de martirizarte. Anda, dame la chaqueta que la cuelgo en el armario para que no se te arrugue.

PABLO - *(Le da la chaqueta)* Sí, toma, que al menos mañana vaya bien planchao.

MARISA - Mañana irás bien planchao y con la cabeza bien alta.

PABLO - No hacía falta tanto lujo, tenías que haber hecho la reserva en un hostel o en una pensión.

MARISA - (*Colgando la chaqueta en el armario*) Mira, Pablo, no me gusta verte así, yo también lo estoy pasando mal, pero no podemos hundirnos ahora. Ahora menos que nunca, todavía no sabemos nada.

PABLO- Ya, si ya lo sé, pero no tengo humor para nada más. (*Le hace una caricia*) Mujer, no te enfades, lo digo para no gastar, no sabemos en la situación que podemos quedar después de todo esto, sobre todo tú, no quiero que pases apuros de ninguna clase.

MARISA - Deja de preocuparte por mí. Además, tú lo has dicho, todavía no sabemos nada y lo que sea ya se verá, te estás poniendo en lo peor.

PABLO - Es que la cosa no pinta nada bien. ¿Has hablado con los chicos?

MARISA - Sí.

PABLO - ¿Les has contado como está la situación?

MARISA - Sí... quédate tranquilo. Les he contado todo, sin ocultarles nada, que no sabemos lo que puede pasar, pero que tenemos esperanzas en que todo va a salir bien.

PABLO - ¿Y cómo se han quedao?

MARISA - Cómo quieres que se queden, muy preocupaos. Estaban empeñaos en venir, decían que querían estar aquí para apoyarte.

PABLO - Qué buenos son, qué suerte hemos tenido con los hijos que nos han tocao.

MARISA - Lo dices como si fuera una lotería.

PABLO - Hoy en día, casi lo es.

MARISA - Pues sí, viendo lo que corre por ahí. He tenido casi que enfadarme para que no se pusieran en camino deprisa y corriendo desde tan lejos, tal como están las carreteras. Además, no quiero que te vean de esta manera, así tan decaído, con lo alegre que has sido siempre.

PABLO - (*Triste*) Has hecho bien, yo tampoco quiero que me vean así, aunque me hubiera gustado ver a mis nietas antes de...

MARISA - ¡Pablo, ya está bien, por favor, deja de atormentarte! A esos dos luceros los verás muy pronto, porque cuando todo esto pase vamos a irnos unos días con ellos.

PABLO - (*Abatido*) Ya me gustaría. Lo peor es que no puedo evitar pensar que a lo mejor no las pueda ver crecer.

MARISA - (*Enfadada*) ¡Pablo, no quiero que digas eso ni en broma!

PABLO - (*Angustiado*) ¡Soy un asesino, soy un asesino, yo que toda mi vida he respetado las normas y ahora soy un asesino!

MARISA - (*Subiendo el tono*) ¡Tú no eres un asesino, porque ese chico no está muerto!

PABLO - ¡Ese chico está luchando entre la vida y la muerte! ¡Si hubiera frenado, Marisa, si hubiera frenado a tiempo! Tú sabes que el coche lo acababa de sacar del taller y me aseguraron que todo estaba bien.

MARISA - ¡Y lo estaba! ¡Pablo, y lo estaba! Fue un accidente, sólo fue un accidente. Tú eres una buena persona, por favor, métetelo en la cabeza y deja de martirizarte. (*Lo acaricia*) El abogado ya te ha dicho que no estaba todo perdido, que tenías muchas posibilidades de que todo fuera bien, no tienes antecedentes y eso cuenta mucho.

PABLO - Eso lo dicen siempre.

MARISA - No, siempre no, tú no tienes antecedentes.

PABLO - Sí, pero no sabemos si eso en estos casos cuenta mucho.

MARISA - Claro que cuenta, cómo no va a contar, más de lo que te crees.

PABLO - Ojalá sea así, porque no quiero imaginarme que me tengas que ir a visitar a la cárcel. ¿Qué clase de vida es esa?

MARISA - En estos treinta años que llevamos juntos hemos pasado por muchas cosas y de este mal sueño también saldremos.

PABLO - (*Pensativo*) Treinta años, casi nada, toda una vida, y sigues igual de guapa, parece que por ti no han pasado los años. Estás casi como cuando te conocí.

MARISA- (*Con una caricia*) Igualita, anda tonto, los dos estamos bien cambiados. ¿Y qué? Tú, a mí me sigues gustando como cuando nos conocimos, o más.

PABLO - ¿Seguro...?

MARISA - (*Rotunda*) ¡Seguro!

PABLO - Ay... Marisa, si volviera otra vez atrás me volvería a casar contigo. No sé si he sido un buen marido y un buen padre.

MARISA - (*Le corta*) ¿Qué pasa, llegó el momento de las confesiones? Ahora no empieces con esas tonterías. Eso no tienes que dudarlo, para mí y para tus hijos has sido el mejor padre y el mejor marido, ¿me oyes?, el mejor.

PABLO- No, déjame acabar.

MARISA - Bueno, acaba si eso te deja más tranquilo.

PABLO - Cómo es la vida, ahora que tenemos los hijos mayores y podíamos darnos algún que otro capricho de vez en cuando, ahora...

MARISA - (*Si dejarle seguir*) Eh... eh... Y nos los seguiremos dando.

PABLO - Si pudiéramos hacer todo lo que no pudimos cuando los teníamos pequeños...

MARISA - Hicimos muchas cosas, ¿ya no lo recuerdas? Te acuerdas los veranos en el camping, cómo lo pasábamos...

PABLO – (*Lamentándose*) Sí, ya lo sé, pero con el sueldo que tenía no nos llegaba para nada, y ahora que no teníamos ningún problema...

MARISA - (*Con un fondo de tristeza*) Qué le vamos a hacer si las cosas se han presentado así.

PABLO - (*Dramatizando*) Siempre he sido tan prudente a la hora de conducir...

MARISA - Y lo sigues siendo, Pablo, y lo sigues siendo.

PABLO - Cuando salíamos por ahí o íbamos a alguna boda no probaba el alcohol para conducir bien sereno. Y al final, para qué tanta prudencia, si ya ves, se me va el coche y atropello a un chico de veinte años. Todavía no me explico cómo fue. Ese chico está en un hospital, debatiéndose entre la vida y la muerte y yo aquí, a la espera de quién sabe qué.

MARISA - Ya sé cómo estás, pero en este momento no podemos hacer nada para remediar eso, ahora sólo nos toca esperar y “rogar a Dios” para que ese chico salga pronto del coma.

PABLO - Dios te oiga, que esto pase pronto porque no sé si podré aguantarlo mucho tiempo, me siento tan mal. Todo esto me parece increíble.

MARISA - Ya, y a mí también. (*Le da el pijama*) Toma el pijama, lo mejor es que te lo pongas y te acuestes.

PABLO - (*Coge el pijama*) Como si pudiera.

MARISA - Bueno, pues te estiras en la cama a ver la televisión, así te distraes un poco. Hoy hacen ese programa que te gusta a ti.

PABLO - No estoy para programas. (*Sentado en el borde de la cama con la cabeza agachada mirando al suelo*) Si lo hubiera llevado a un hospital rápidamente, pero no quiso, ¡no quiso Marisa, no quiso, y yo no le vi que estuviera mal!

MARISA - Si no se le veía nada, tú, cómo podías imaginarte que tenía un derrame por dentro.

PABLO - Se levantó como si nada, no quiso ni que le ayudase, luego, cogió sus cosas del suelo y se marchó tan normal, y parecía estar bien. Después, no sé qué debió pasarle. (*Cabizbajo tratando de convencerse*) No tenía que haberle hecho caso. Cuando le pregunté si le llevaba al hospital no quiso de ninguna manera y se fue caminando por su propio pie, tan normal. Yo no tenía que haberle hecho caso, no tenía que habérselo hecho.

MARISA - Tampoco podías obligarlo y llevarlo a la fuerza.

PABLO - Y no supe nada de ese chico hasta que se presentaron.

MARISA - Yo también me sorprendí mucho cuando vino la guardia civil a casa diciendo que tenías que presentarte inmediatamente en la comisaría... En ese momento pensé lo peor, que les habría pasado algo a los chicos.

PABLO - Fue bochornoso, mis compañeros me miraban con unas caras...

MARISA - No, hombre, no, lo que pasa que les sorprendió, igual que a nosotros.

PABLO - Nada más llegar a la comisaría lo primero que hicieron fue ficharme. Estoy fichao, Marisa, fichao como un vulgar delincuente. ¿Qué pensarán mis nietas de mí?

MARISA - Que van a pensar, si son dos renacuajos. Con cuatro y dos años qué quieres que piensen, en jugar.

PABLO - Sí, pero cuando sean mayores... ¿Qué pensarán? Marisa, prométeme que les hablarás bien de mí.

MARISA - (*Dándole unos golpecitos cariñosos*) Anda, anda, tontorrón, pues no te vas tú lejos ni nada. Les hablaras tú personalmente, porque todo esto va a salir bien.

PABLO - (*La abraza*) Si no fuera por ti...

MARISA - Sí, todo por mí. Anda, tonto, ve a cambiarte que te estás poniendo de un blando... Me parece que en todos estos años no te he visto nunca así.

PABLO - Porque nunca me había dado cuenta de que podía perderte.

MARISA - ¿Perderme? ¡Pero qué tonterías estas diciendo ahora! Yo estoy en esto contigo, ¿me oyes?, contigo.

PABLO - Lo sé, te conozco y sé que no me dejarás solo.

MARISA - Estamos juntos para lo bueno y para lo malo, ¿o lo has olvidado? Y si ahora toca lo malo, va para cuando ha tocado lo bueno. Y deja ya de ponerte melodramático, ¿me oyes?

PABLO - Sí, mujer, sí. Voy a lavarme los dientes. (*Se retira y coge el pijama*)

MARISA - Sí, anda, que eso es lo que tienes que hacer.

PABLO - (*Desde dentro*) Marisa, ¿mi cepillo es el rojo?

MARISA - No, es el otro azul.

PABLO - No sé qué haría sin ti.

MARISA - (*Habla para ella con preocupación*) Eso digo yo, no sé qué va a ser de mí sin él. (*Implorando*) Señor, espero que ese chico se salve, si ese chico se salva te prometo que... (*Suena el móvil*) ¡Ya lo cojo yo, que serán los chicos!

PABLO - Seguro.

MARISA - ¿Diga...? Ah, es usted.

PABLO - (*Desde dentro*) ¿Quién es? ¿Son mis nietas?

MARISA - No, es el abogado.

PABLO - (*Sorprendido*) ¿El abogado a estas horas?

MARISA - Sí.

PABLO - (*Muy intrigado*) ¿Pasa algo?

MARISA - No lo sé, todavía no me ha dicho nada.

PABLO - Ahora salgo, aunque prefiero que te lo cuente a ti.

MARISA - (*Al teléfono*) ¿Pasa algo? ¿Pablo...? Él no se puede poner en este momento. Ya puede contarme a mí lo que sea. (*Con sorpresa*) ¿De verdad? (*Llamándolo*) ¡Pablo, buenas noticias!

PABLO - ¿Seguro?

MARISA - Sí, deja que me lo explique. (*Al teléfono*) Siga, siga. (*Con alegría*) Eso es muy buena noticia, ¿no? (*Un momento de silencio*) ¿Qué quiere decir? No le entiendo. ¿Cómo que depende? Depende, ¿de qué? (*Muy sorprendida*) Pero eso no es posible, ese hombre debe de estar confundido, eso no puede ser, según mi marido... Ya, pero... Está seguro de lo que dice, piense que eso cambia mucho las cosas. (*Su actitud ha cambiado, ahora es seria y triste*) Sí, sí, lo entiendo. Yo también lo lamento. (*Por un momento se queda en silencio*) Sí, sí, sigo aquí. No se preocupe, gracias, estoy bien, gracias por llamar y buenas noches. (*Cierra el móvil y se sienta de golpe sobre la cama*) No me lo puedo creer, no me lo puedo creer.

PABLO - (*Intrigado*) Habla, ¿qué pasa, se ha puesto peor ese chico?

MARISA - (*Su actitud ha cambiado por completo, ahora es fría y distante*) No tengo ni idea. De ese chico no me ha dicho nada, no sé si está peor o mejor. Por tu bien espero que esté mejor.

PABLO - Entonces, ¿qué pasa?

MARISA - (*Seca*) Hay un testigo que lo vio todo.

PABLO - (*Sorprendido*) ¿Un testigo? ¿Qué testigo?

MARISA - Un frutero.

PABLO - ¿Un frutero? ¿De dónde ha salido ahora ese frutero?

MARISA - (*Se pone de pie y pierde la compostura, parece otra persona diferente a la anterior*) ¡Ese frutero, no ha salido de ninguna parte, ese frutero siempre ha estado ahí, en su frutería, la misma que tú no viste!

PABLO - (*Nervioso*) Eso no puede ser, Marisa, no puede ser, allí no había nadie.

MARISA - ¡Pues estaba allí! ¡En el momento del accidente estaba allí, colocando la fruta fuera, como todos los días! (*Mirándolo de arriba a abajo*) ¡Y lo vio todo! ¡Ese chico salía de la librería de enfrente, cruzo por el paso de cebra correctamente y tú ni siquiera lo viste! ¡Quiero saber por qué!

PABLO - (*Tratando de convencerla*) Pero, ¿qué te pasa? ¡Toqué el claxon, Marisa, te juro que lo toqué!

MARISA - ¿Por qué? ¿Por qué tenías que tocarle el claxon, si ese chico cruzaba por el paso cebra?

PABLO - Por que salió de repente y no me dio tiempo a verlo.

MARISA - ¡Mentira! ¡No te creo! ¡Eso no fue así! ¡Quiero que me digas qué hizo que en pleno día no vieras a ese chico como cruzada por el paso de cebra!

PABLO - Ya te lo he contado varias veces.

MARISA - Y yo ahora no te creo, ¿me oyes? ¡No te creo ni una palabra!

PABLO - (*Desconcertado*) Pero, ¿qué te pasa? Qué estás diciendo.

MARISA - (*Subiendo el tono y acorralándolo a preguntas*) ¿Qué ocurrió en ese paso de cebra y por qué no lo socorriste? ¿Por qué no lo huiste? ¡Quiero oír la verdad y la quiero oír a “ahora” no en el juzgado!

PABLO - (*Acorralado*) No sé a qué viene esto. Te lo he dicho.

MARISA - (*Alterada*) ¡Eres un cínico! ¡Un cabrón! ¡Cínico más que cínico!

PABLO - ¡Marisa, no sé qué te ha dicho el abogado, pero yo te juro que...!

MARISA - ¡Tú no estás en posición de jurarme nada porque eres un maldito cabrón! ¡Un canalla! ¡Tanto ir de buen padre y de buen marido y todo era mentira! ¡No podías recoger a ese chico porque ibas acompañado de otra mujer!

PABLO - ¡Marisa, por Dios, yo te juro!

MARISA - (*Perdiendo los papeles*) ¡No sigas por ahí, porque si vuelves a jurar otra vez soy capaz de cualquier cosa! ¡No vuelvas a jurarme nunca, me oyes, nunca! He sido una gilipollas, cómo he podido ser tan imbécil de creerte, si la historia no se sostenía por ninguna parte. Cada vez que te preguntaba decías alguna cosa distinta. ¡Y yo como una boba creía que eran los nervios!

PABLO - Marisa, yo...

MARISA - ¡Tú, tú! Tú, ¿qué? ¡Quiero saber quién es esa mujer!

PABLO - (*No sabe cómo responder*) Marisa, por favor.

MARISA - ¡Vamos, responde de una puta vez! ¿Cuánto hace que me engañas con esa tía?

PABLO - No es lo que crees, yo...

MARISA - Tú, ¿qué? Tú, ahora bajas a recepción y pides que te den otra habitación porque conmigo no vas a dormir esta noche. ¿Me has oído?

PABLO - (*Implorando*) Marisa, deja que te explique.

MARISA - Qué desengaño. ¡Qué ciega, qué ciega he estado! Y yo como una imbécil pensando en qué sería de mí si a ti te pasase algo.

PABLO - Marisa, por favor, estoy avergonzado, sólo fue una chiquillada, una aventurilla sin importancia. Te lo juro, era la primera vez.

MARISA - (*Mirándolo con desprecio de arriba abajo y con las manos apunto de pegarle*) ¡Te he dicho que no me jures más! ¡Eres patético! ¡Una aventurilla sin importancia que a ese chico casi le cuesta la vida y a ti te ha costado tu matrimonio! ¿Te sigue pareciendo una aventurilla sin importancia? ¿Te ha valido la pena esa aventurilla sin importancia? ¡¡Contesta, si tienes valor para hacerlo!!

PABLO - (*Sofocado*) ¡No, por Dios, Marisa, eso no! No me digas de separarnos, son muchos años juntos.

MARISA - ¡Sí, tienes razón, demasiados! Ni siquiera viste la frutería, ¿tan ciego estabas con esa zorra?

PABLO - (*Tratando de convencerla*) No, eso no, yo sólo tengo ojos para ti, eso fue...

MARISA - ¡Calla clínico, no sigas con eso por qué...! Con razón estabas tú tan puesto y sabías tanto de habitaciones de hotel.

PABLO - Marisa, déjame quedar esta noche y hablamos, mañana todo lo verás diferente.

MARISA - (*Tajante*) De eso puedes estar seguro. Llevabas razón cuando has dicho que a lo mejor era la última noche que dormíamos juntos.

PABLO - (*Suplicante*) Por favor, no digas eso.

MARISA - (*Tajante*) ¡Pues no lo digo, lo afirmo!

PABLO - (*Pensativo*) Qué pensarán mis hijos.

MARISA - ¿Tus hijos? ¡Lo que te han importado a ti tus hijos! Te has reído de nosotros en nuestra cara.

PABLO - No, Marisa, eso sí que no.

MARISA - Si al menos hubieras tenido la valentía de contarnos la verdad, quizás...

PABLO - No quise decírtelo por miedo.

MARISA - ¿Miedo? *(Con tristeza)* ¿Y por eso tenías que inventarte tantas mentiras? No sé qué es lo que me ha dolido más, sí que me engañases con esa zorra o que te hayas burlado de mis hijos y de mí. Qué triste darte cuenta que nuestro matrimonio ha sido solo una mentira.

La luz empieza a bajar poco a poco.

PABLO - Marisa, no, eso no. *(Intenta acariciarla)* Marisa, perdóname, por favor, perdóname. Sabes que yo te quiero.

MARISA - *(Le retira la mano con desprecio y lo mira con una mirada de tristeza y decepción. Habla de forma pausada como un autómata)* Mañana, mañana por la mañana, a primera hora saldremos los dos de esta habitación camino del juzgado. Qué irónico, camino del juzgado, nos subiremos a un taxi, casi como dos desconocidos, y una vez allí, tú entrarás solo, en la sala que te corresponda y yo... Yo, entraré en otra, buscaré un buen abogado y cuando salgamos de allí, nuestros treinta años en común habrán terminado. Tú y yo cogeremos caminos separados. *(Camina con la mirada perdida hacia el cuarto de baño)* Una llamada, una simple llamada lo puede cambiar todo.

(Pablo se sienta abatido en el borde de la cama, con la cabeza inclinada mirando al suelo y tapándose la cara con las manos)

Solo queda la pantalla de la televisión encendida dándoles la bienvenida al hotel Victoria y

Oscuro

Cualquier día

Personajes: Aurelia y Dora

Son fechas próximas a Navidad y por el ventanal se reflejan las luces propias de los adornos navideños de una calle céntrica en una gran ciudad.

Al abrirse la puerta de la habitación, entran las dos hermanas con sus correspondientes maletas, visten totalmente diferente. AURELIA, con un estilo clásico, algo anticuado, DORA, en cambio, lleva un aire más moderno e informal.

AURELIA - *(Entrando)* Con lo poco que me gustan las bodas. *(Cambio)* Mira qué no decirnos siquiera de quedarnos en su casa, a quién se le diga no se lo cree. Hacer un viaje de ochocientos kilómetros y al llegar nos tienen reservado un hotel, para quitarnos de encima como si fuésemos extraños.

DORA - ¿Otra vez con eso? Qué pesadita eres.

AURELIA - Si es que no me cabe en la cabeza, que una hermana, después de venir de tan lejos, tenga que dormir en un hotel.

DORA - Dirás “unas”, porque yo también soy hermana suya.

AURELIA - Más a mi favor, nos han puesto de patitas en la calle y a ti, por lo visto, te parece bien.

DORA - ¡A mí, sí! Yo estoy aquí divinamente, y deja de dramatizar que no te han puesto “de patitas en la calle” se han preocupado en buscarte habitación en un hotel de cuatro estrellas, no te han llevado a una pensión de mala muerte. Ya te han dicho que no tenían sitio para todos. ¿Qué querías, dormir en la bañera?

AURELIA - Pues mira, no sé qué decir, a lo mejor se estaba más caliente que en esta habitación ¡que hace un frío que pela! Quieren más al perro ese que tienen, que a su propia hermana, menudo cesto tiene ese jodio perro, de categoría.

DORA - *(Riendo)* Le hubieras echado del cesto y te hubieras metido tú en él.

AURELIA - Déjate de tonterías.

DORA - Para ellos es uno más de casa, lo mismo que para ti tu gata.

AURELIA - Pero yo no me gasto un dineral en un cesto pa' una gata.

DORA - No, claro, no lo necesita, esa gata se ha apropiado del mejor sitio del sofá y cualquiera se atreve a echarla de él, es capaz de hacerte en la cara el código de barras... Y deja de relatar de una

vez.

AURELIA - ¡Y eso a mí qué me importa! ¡Pero qué frío hace aquí! No podían escoger otra fecha para casarse, tenían que hacerlo precisamente en pleno mes de diciembre.

DORA - Y a ti que más te da un mes que otro, tampoco tenías ningún compromiso a la vista.

AURELIA - ¡Claro que me da! Con tanto frío y tantos gastos como tiene este mes, sólo faltaba tener uno más.

DORA - *(Riendo)* Vamos a ver, ¿qué gastos extras tiene la señora?

AURELIA - Siempre sale alguno. No me gusta tirar el dinero a tontas y a locas, tiene una que mirar para el día de mañana.

DORA - ¿El día de mañana? ¡Despierta, Aurelia! A nuestra edad sólo existe el hoy.

AURELIA - Si tú lo dices... *(Mirando las camas con asco)* A saber quién habrá dormido en estas camas.

DORA - Personas, como nosotras.

AURELIA - *(Despectiva)* Será como tú, porque yo no tengo costumbre de dormir en ningún hotel.

DORA - No hace falta que lo jures que se te nota. Pues no sabes lo que te pierdes. Los últimos años que vivió Mauricio, salíamos varias veces al año y lo pasábamos divinamente. *(Pensativa)* ¡Lo que le gustaba viajar! Pobrecito, eso fue lo que se llevó.

AURELIA - Vosotros siempre estabais por ahí de juerga.

DORA - Sí, todo lo contrario que tú. Anda, déjate de cuentos y abre la maleta de una vez que tendrás el vestido hecho un higo.

AURELIA - Esa es otra, en esta época del año con el tiempo que hace, te pongas lo que te pongas, no luce nada.

DORA - Eso será a ti, porque yo pienso lucir todo lo que pueda. Pienso bailar con todo bicho viviente, hasta romper estos zapatos. *(Le enseña los zapatos, que llevan un tacón bastante alto)*

AURELIA - ¡Madre mía! Esos zapatos son para una jovencita que pueda mantener el equilibrio con ellos y no para ti.

DORA - Pues si los zapatos te han escandalizao... espera, que te voy a enseñar el vestido. Mira *(Saca un vestido de color llamativo y con mucho brillo)*, bonito, ¿eh?

AURELIA - *(Casi dando un grito)* ¡Qué barbaridad! ¡Virgen del Carmen! ¿Con ese trozo de tela piensas a ir a la boda de tu sobrina?

DORA - Con eso solo, no, con esto también *(Saca un bolso y un sombrero a juego con el vestido)* El sayo te lo dejo para ti ¿Qué te parece?

AURELIA - ¡Que tú te has vuelto loca! Menuda viuda, vas a parecer una buscona de esas...

DORA - Deja de decir tonterías, parece mentira a tus años y que te escandalice cualquier cosa. ¿Qué pasa, que una viuda no puede vestir bien?

AURELIA - ¿A eso llamas vestir bien?

DORA – Tú seguro que te has traído el hábito de monja, como si lo viera.

AURELIA - Me he traído algo decente y de acuerdo a mi edad. No quiero ser el hazmerreír de todos.

DORA - ¡Que se rían lo que quieran! Lo que te digo, el hábito.

AURELIA - ¡Qué frío hace en esta habitación, coña! Ese perro bien calentito y nosotras en esta nevera.

DORA - La has cogido perra y nunca mejor dicho con ese “perro”.

AURELIA - Tú dirás lo que quieras, este hotel será todo lo de cuatro estrellas que quieran ponerle, pero esas estrellas parecen las del congelador.

DORA - Eso ha tenido gracia.

AURORA - Me voy a tener que poner la bata.

DORA - ¿No me digas que te has traído la bata?

AURELIA - Sí, claro.

DORA - Menuda pregunta hago yo. Tú, salir de viaje sin bata, imposible.

AURELIA - Pues mira, menos mal que la he traído porque con el frío que hace aquí.

DORA - ¿Si quieres tomamos una copita de algo, para que entres en calor?

AURELIA - (*Casi escandalizada*) ¡¿Una copita a estas horas?!

DORA - ¡Sí, a estas horas, que sólo son las siete de la tarde! Tendremos que salir a cenar.

AURELIA - Yo no tengo ganas de ir a ninguna parte, ahora mismo me voy a poner el camisón.

DORA - ¿Ahora?

AURELIA – Sí, ahora. (*Cogiendo un zapato y señalando el tacón*) Con este tacón te vas a desnucar. No se te ocurra bailar en la boda con un viejo de esos que se creen que bailan bien, porque acabáis rodando por el suelo los dos.

DORA - No te preocupes por eso ¿Quién te ha dicho a ti que voy a bailar con un viejo? Todos los

que pasen de los cuarenta te los dejo para ti.

AURELIA - ¿Para mí? ¡Lo tienes tú claro! A mí, no se te ocurra ponerme en ningún compromiso... *(Abre la maleta, saca un vestido camisero marrón muy sobrio que empieza a estirar)* Ya veremos si se van las arrugas.

DORA - ¿Ese es el modelito que piensas llevar a la boda?

AURELIA – Sí.

DORA - Es peor de lo que me imaginaba. ¡Qué cosa más fea! ¿No has encontrado nada más horroroso que ponerte? ¿Dónde te han vendido ese saldo?

AURELIA - ¡No me lo ha vendido nadie, me lo ha hecho una modista!

DORA - *(Riendo)* ¿Modista de qué, de un convento?

AURELIA - Tú sigue riendo todo lo que quieras, pero yo voy de acuerdo a mi edad, no como tú que vas a parecer una buscona. Van a pensar ¡menuda viuda está hecha esa!

DORA - ¡Ya me estás cargando con tanto recordarme mi viudez! ¡Hace tres años que soy viuda, no hace falta que me lo recuerdes tú, lo tengo bien presente todos los días! ¿Qué pasa, que no puedo vestir como yo quiera por ser viuda? ¡Porque si fuera por eso, tú que estás soltera tendrías que vestir como una princesa y vistes como un fantoche!

AURELIA - *(Alterada)* ¡Ya salió, ya salió! ¡Estabas tardando mucho en recordarme que me quede soltera!

DORA – Si la señora se ha quedao soltera ha sido porque le ha dado la gana, porque así tenía un motivo para hacerse la mártir.

AURELIA - ¡No fue por mi gusto, lo sabes de sobras! ¡Qué culpa tuve yo de que Fermín me dejase a dos meses de la boda!

DORA - ¡Ese golfo, después de entretenerte durante siete años te deja con el traje de novia casi puesto! ¡Ese sinvergüenza se asustó!

AURELIA - ¿Se asustó? ¿De qué? ¿De una chica de veinticinco años llena de ilusiones y que le quería como una tonta? Porque eso es lo que fui, una tonta.

DORA - Algo de eso sí fuiste, por confiar en ese zángano. Lo que tienes que hacer es olvidarte de ese, que ya va siendo hora de que lo hagas y mañana te pones bien guapa y ya verás.

AURELIA - Mañana veré, ¿qué?

DORA - *(Burlona)* Mañana, ¡qué! Mañana, ¡qué! Todo hay que decírtelo ¡Qué te puede salir un pretendiente!

AURELIA - ¿Un pretendiente? ¿Para qué lo quiero yo, para que me deje como el otro?

DORA - ¡Otra vez con eso, no seas cenizo! Ese imbécil se asustó de lo que se le venía encima.

AURELIA - ¿Qué quieres decir, que yo no era buena para él?

DORA - ¡Demasiado buena para ese...! ¡De la responsabilidad, Aurelia, de la responsabilidad! Hay muchos que cuando llega el momento de la verdad les entra el pánico, se cagan de miedo y no se casan. (*Moviendo los dedos*) Así, los hay así.

AURELIA - ¡A Fermín, no fue eso lo que le pasó, al año se casó, pero con otra! A Fermín lo engatusaron, bien engatusao.

DORA - ¡Menuda joya! Pues mira lo que te ahorraste, que ese cínico te pusiera los cuernos a la primera de cambio con cualquiera.

AURELIA - (*Con nostalgia*) Yo sé que Fermín no ha sido feliz, de eso estoy segura.

DORA - Eso son figuraciones, tuyas. Ni que fueses adivina. Y mira, si no ha sido feliz, él se lo buscó y le estuvo muy bien empleado. Y olvídate ya de ese caradura.

AURELIA - A lo mejor ha muerto...

DORA - ¡Pues que descanse en paz! Nosotras estamos vivas, “al menos yo,” y tenemos que ir a lo nuestro, a disfrutar mañana todo lo que se pueda.

AURELIA - Ya veremos si disfrutamos algo... (*Pensativa*) Pobrecillo.

DORA - ¡Me sacas de quicio! ¿Pobrecillo? ¡Hablas de él como si se hubiese portado contigo como un caballero y se portó como un auténtico cerdo!

AURELIA - Estoy segura que después se arrepintió de lo que hizo.

DORA - ¿Ah, sí...? Dime, ¿y por qué no volvió?

AURELIA - ¡Cómo querías que volviera si estaba casao con esa!

DORA - ¡Si tan arrepentido estaba que la hubiera dejao!

AURELIA - ¡Y romper su matrimonio!

DORA - ¿No rompió ella el tuyo?

AURELIA - ¡Yo no llegue a casarme!

DORA - ¡Eso, encima justificalo! ¡Esta mujer es tonta! ¡No, si al final, le dará las gracias a ese sinvergüenza!

AURELIA - Eso no, pero el veinticinco de septiembre es mi santo y ese hombre...

DORA - Lo sé muy bien. Y ese hombre, ¿qué? Ya me dirás a qué viene tanto misterio con eso ahora.

AURELIA - Siempre que hay una boda me acuerdo de él. (*Algo nerviosa, no sabe cómo abordar el tema*) Qué frío hace en esta habitación, voy a tener que ponerme la bata.

DORA - ¿Otra vez con lo de la bata?

AURELIA - Sí, ¿qué pasa? Ahora mismo me pienso poner la bata y el camisón.

DORA - Tendremos que salir a cenar.

AURELIA - Ya te he dicho que no tengo ganas de ir a ninguna parte.

DORA - Si alguien te viera, no sabría cuál de las dos es la viuda, si tú o yo.

AURELIA - (*Molesta*) ¡De alguna manera yo también perdí a un hombre!

DORA - ¡Y vuelta otra vez con eso!

AURELIA - Has sido tú la que has vuelto con eso. Dora, ese hombre me quería, sólo que se equivocó y... (*Se corta un poco*) No quería decírtelo, pero son muchos años guardándolo y ya no puedo más, creo que ha llegado el momento.

DORA - ¿El momento de qué?

AURELIA - (*Habla como una mujer que sigue enamorada*) ¡Qué estoy harta! ¿Te enteras? ¡Harta de que hables de él como si fuera un bandido, a su manera trató de que le perdonase!

DORA - Pues ya me dirás cómo.

AURELIA - Quiero que sepas que Fermín...

DORA - (*Subiendo el tono*) ¡Fermín, Fermín, olvídate ya de ese golfo! ¡Te has pasado la vida viviendo de un recuerdo y ese hombre con el que tú saliste, ya no existe!

AURELIA - ¡Déjame en paz, no me digas eso! ¡Ese hombre para mí sí existe, al menos hace dos años existía!

DORA - (*Sorprendida*) ¿Dos años?

AURELIA - ¡Sí, hasta hace dos años me ha estado mandando flores el día de mi santo, sin olvidarse de uno! ¡Para que te enteres, ahora ya lo sabes!

DORA - (*Entre sorprendida y violenta*) ¿Flores?

AURELIA - ¡Sí, flores, flores! Te parece increíble, ¿verdad...?

DORA - (*Alterada*) ¡No, no me parece increíble, porque esas flores, esas flores, no te las mandaba Fermín!

AURELIA - Ah, ¿no? ¿Y tú cómo lo sabes?

DORA - ¡Aurelia, esas flores te las mandaba yo!

AURELIA - (*Alterada*) ¿Tú...? ¡Mentirosa, embustera, eso es mentira, mentira!

DORA - ¡Es la pura verdad! ¡Aunque te cueste creerlo es verdad! ¿Por qué te iba a mentir?

AURELIA - ¡Para fastidiarme, porque te da rabia de que durante todo este tiempo Fermín, siguiera acordándose de mí!

DORA - ¡Anda, cállate y deja de soñar! ¡Ese sinvergüenza no se acordó de ti nunca, entérate de una puñetera vez, nunca!

AURELIA - (*Con lágrimas en los ojos*) ¡Eres una víbora, eso no es verdad! ¡Tú estás celosa porque ahora estás sola y no lo puedes soportar!

DORA - (*Dándose cuenta del daño que le ha causado*) Por favor, Aurelia, cálmate un poco y escucha.

AURELIA - ¡No quiero calmarme! ¡No quiero escuchar nada!

DORA - Aurelia, por favor, te lo suplico, cálmate. Te lo juro, si llego a saber cómo te lo ibas a tomar no te habría dicho nada de todo esto.

AURELIA - ¿Y cómo querías que me lo tomase? (*Con esperanza de que sólo haya sido una mentira*) ¿Entonces, reconoces que es mentira?

DORA - No, lo siento Aurelia, pero no lo es. Lo que te acabo de decir, por triste que te parezca, es la verdad.

AURELIA - (*Se resiste a creerlo*) ¿Y cómo sé que lo que me estás diciendo es verdad?

DORA - (*Seria*) Te lo juro, Aurelia, te lo juro. Pregúntame lo que quieras.

AURELIA - ¡No tengo que preguntarte nada!

DORA - ¿Quieres que te diga lo que ponía una de las tarjetas? Te lo diré. “*Querida Aurelia, ha pasado un año más y no consigo olvidarte, sólo puedo decir que me comporté contigo como un canalla*”

AURELIA - (*La corta*) ¡No sigas, no quiero que sigas! (*Hay un silencio tenso, y Aurelia se sienta en el borde de la cama sin decir nada*)

DORA - (*Con preocupación*) Aurelia, por favor, dime algo.

AURELIA - (*Con lágrimas en los ojos*) Cómo os habréis reído de mí todos estos años, tu marido y tú. Pobre Aurelia, tan solterona, vamos a mandarle unas flores para alegrarla un poco la vida.

DORA - (*También con lágrimas*) No digas eso ni en broma, sabes muy bien que los dos te queríamos muchísimo.

AURELIA - (*Llorando*) Si me queríais, ¿por qué me habéis hecho esto?

DORA - (*Abrazándola*) No lo sé, Aurelia, no lo sé, si lo supiera... Hay veces que el exceso de cariño también daña. Cuando te dejé lo pasaste tan mal, faltaba una semana para tu cumpleaños y en plenas navidades, Mariano y yo pensamos que si te mandábamos un ramo de flores eso mitigaría algo tu pena, luego, al año siguiente lo repetimos y...

AURELIA - Y seguisteis con la broma.

DORA - (*Rotunda*) ¡No, eso no! Cuando recibías el ramo se te veía tan feliz, aunque a partir del tercer año, ya no escribíamos nada en la tarjeta, por ver si te dabas cuenta del error, pero aun así tú seguías ilusionada creyendo que te las mandaba él, y no supimos cómo acabar con la farsa, pensábamos que cualquier día...

AURELIA - (*La corta*) Cualquier día, ¿qué?

DORA - Conocerías a alguien y olvidarías a Fermín para siempre, y entonces...

AURELIA - Y como no ha sido así, por lo visto hace dos años creíste que había llegado el momento. Ya te habías reído bastante de la solterona de tu hermana, ¿no es eso? (*Empieza a meter el vestido en la maleta*)

DORA - (*Cerrándole la maleta de golpe*) ¡No, no es eso! ¡Cómo puedes pensar algo así! ¿Tan retorcida me ves?

AURELIA - En estos momentos, no sé cómo te veo, sólo sé que no quiero estar aquí en esta habitación contigo. (*Se pone el abrigo*)

DORA - Aurelia, no me digas eso, no hagas que me sienta peor de lo que me he sentido durante mucho tiempo. Sólo era una mentira piadosa.

AURELIA - Una mentira piadosa que a mí me hizo mantener las esperanzas durante años.

DORA - Perdóname, por favor. ¿Quieres decir que durante todo este tiempo tu creíste que...?

AURELIA - Dilo, que él volvería, ¡pues sí! Pensaba que algún día se daría cuenta de su error y volvería conmigo. Qué ironías tiene la vida, cómo pude pensar eso. (*Triste*) Ahora, después de tantos años de guardarle fidelidad, me doy cuenta que me dejé después de siete años, se casó al año con otra y nunca se volvió a acordar de mí (*Coge la maleta y se dirige a la puerta*)

DORA - (*Agarrándola*) Aurelia, vuelve aquí, te lo suplico. No digas eso, seguro que se acordó muchas veces, pero se portó tan mal contigo que seguro que no tuvo el valor para volver.

AURELIA - Ya no hace falta que sigas mintiendo.

DORA - Deja la maleta y escúchame. Te lo pido por favor. ¿No te quitas el abrigo?

AURELIA - No, si antes tenía frío ahora estoy helada. Parece que la habitación ya pronosticaba que algo iba a pasar aquí. Lo que no entiendo es como no has seguido con la farsa. ¿Por qué desde

hace dos años cambiaste de opinión?

DORA - Cuando murió Mariano, yo me sentí perdida, estaba desesperada, tú lo sabes mejor que nadie y ahí estuviste tú a mi lado en todo momento.

AURELIA - Era mi obligación.

DORA - No digas eso, yo sé que no lo hacías por obligación.

AURELIA - Soy tu hermana, tenía que ayudarte.

DORA - Y lo hiciste y mucho. Recuerda que hasta me hacías reír contándome tus cosas.

AURELIA - Sólo lo hacía para distraerte, lo pasaste muy mal con la enfermedad de Mariano y no quería que sufrieras.

DORA - ¿Lo ves, Aurelia? Tú sólo querías en ese momento lo mejor para mí, todo lo que hacías era para ayudarme a superar el dolor de la pérdida.

AURELIA - Sí, pero esto es muy diferente.

DORA - (*Acariciándole la cara*) Sí, la diferencia entre tú y yo está en que tú sí supiste cuando era el momento de soltarme, de dejarme caminar sola.

AURELIA - (*Recordando*) Se os veía siempre tan unidos... Eráis el matrimonio perfecto.

DORA - (*Confesándose*) No, Aurelia, no. Mi matrimonio no siempre fue un camino de rosas.

AURELIA - Pues nadie lo hubiera dicho.

DORA - Pues ya ves...

AURELIA - (*Intrigada*) ¿Qué quieres decir?

DORA - Ya sabes que mi debilidad fueron siempre los niños.

AURELIA - Lo eran y lo siguen siendo. Y fue una pena que no pudierais tenerlos.

DORA - No pude por Mariano, yo no tenía ningún problema.

AURELIA - (*Muy sorprendida*) Mariano, ¿sí?

DORA - Sí. Unos años antes de conocerme a mí tuvo paperas, ya sabes que en esa época a muchos esa enfermedad les dejaba estériles y...

AURELIA - (*Muy sorprendida*) Y a él le dejó, ¿no es eso? Bueno, pero si él no lo sabía...

DORA - Ahí está el engaño, Aurelia, que él sí lo sabía, y me lo dijo después de cinco años de casado. Ya te puedes imaginar la rabia que tenía y lo que me entró por dentro. Yo, creyendo que era la que tenía el problema y después de cinco años de casado me sale con esas. Me sentí, engañada, estafada

y todo lo que te puedas imaginar.

AURELIA – Pero, bueno, ¿por qué no te lo dijo?

DORA - Por miedo, Aurelia, por miedo a perderme o a que no me casara con él.

AURELIA - ¿Y después de eso qué pasó?

DORA - No quería ni verlo. Estuvimos a punto de separarnos, dormimos en camas separadas, más de tres meses. No podía ni mirarle a la cara, pero era un buen hombre y yo le quería y a su manera intentó siempre hacerme feliz. Si te soy sincera, siempre me quedó una espinita clavada. Lo que más me gustaba en esta vida era tener un hijo, pero no pudo ser. Luego le perdoné y nunca le guardé rencor.

AURELIA - ¿Y por qué no adoptasteis?

DORA - Ya lo intentamos, pero como no teníamos un duro nos denegaron la petición y cuando logramos tener alguno, ya era demasiado tarde para nosotros, éramos muy mayores para adoptar. Ya ves... somos tres hermanos y sólo hemos tenido esa preciosidad de sobrina que se casa mañana.

AURELIA - (*Pensando en lo que le ha contado*) Es verdad, de tres sólo una.

DORA - Ni nuestro hermano ha sido un semental ni nosotras unas conejas. Muchas familias como la nuestra y acabamos con la tasa de natalidad del país, que ya bastante mal está.

AURELIA - (*Logra hacerla reír*) Vaya que sí. Dora, no tenía ni idea de todo esto, yo os envidiaba, para mí érais la pareja perfecta.

DORA - Pues ya ves, la perfección no existe. (*Cambio*) ¿Sabes lo que tenemos que hacer ahora?

AURELIA - ¿Qué?

(*Suena el teléfono y lo coge Dora*)

DORA - ¿Sí...? Sí, esta es la habitación doscientos cinco. ¿Qué pasa? No me diga, tranquilo, tranquilo, lo entendemos. Muy bien, gracias por avisar.

AURELIA - (*Intrigada*) ¿Qué pasa? ¿qué pasa?

DORA - Nada, la calefacción, que han tenido problemas con algo del termostato y que enseguida estará arreglado.

AURELIA - A ver si es verdad. Con razón hacía tanto frío en esta habitación. ¿Y ahora qué?

DORA - (*Mirándola con cariño*) ¿Ahora? Ahora podemos seguir discutiendo todo lo que quieras.

AURELIA - Como si a mí me gustase.

DORA - Aurelia, desde que murió Mariano, me hice la firme promesa de no dejarte sola nunca. ¿Me oyes? “nunca” Y si para ello, tengo que discutir contigo por un vestido o por una habitación o

por lo que sea, lo haré con gusto, el caso es estar juntas las dos.

AURELIA - (*Muy seria*) Pero ahora no estamos discutiendo por un vestido, estamos discutiendo por más de veinticinco años de engaño. ¿Sabes lo que eso representa, lo sabes?

DORA - (*Tratando de convencerla*) No, no lo sé. Aurelia, te aseguro que, si me hubiera imaginado, yo... (*Cambio*) Mañana se casa la única sobrina que tenemos, dejemos esta discusión un par de días, si no lo haces por mí, hazlo por nuestro hermano y su hija, no les amarguemos el día, por favor, no se lo merecen.

AURELIA - (*Con una sonrisa*) Bueno, un poco sí, que nos han metido en una habitación que es una nevera.

DORA - (*También con una sonrisa*) ¿Por qué no salimos a cenar mientras se calienta la nevera?

AURELIA - (*Con cariño*) Bueno, anda, embaucadora, salgamos. Te libras de esto por la boda, que si no... Y salgamos de aquí antes de que me quede como un pajarito, que yo mañana seguro que consigo una cita con algún buen mozo de ochenta años o más...

DORA - (*Se pone el abrigo y se dirigen las dos a la puerta*) ¿Si quieres te presto mis zapatos para deslumbrarlo?

AURELIA - ¡No, no, nada de eso! Ahora mismo pienso salir y comprarme unos con el doble de tacón que los tuyos y a partir de ahora ¡a vivir!

(*Cierran la puerta*)

OSCURO

El último jueves

Personajes: ALVARO y CLAUDIA

La cama está medio deshecha y Álvaro y Claudia están sentados en ella, con ropa interior. Se entiende que acaban de hacer el amor.

ALVARO - *(Mira el reloj que está en la mesita y trata de justificarse)* No he estado muy bien, ¿verdad?

CLAUDIA - Sin ánimo de ofender, el polvo que acabamos de echar ha sido una auténtica “mierda”

ALVARO - ¡Vaya! Oye, te has vuelto muy mal hablada.

CLAUDIA - No sabes tú cuánto.

ALVARO - Te lo digo en serio. Nunca habías hablado así.

CLAUDIA - Es que cuando estábamos casados era mucho más complaciente, pero la experiencia me ha demostrado que es mejor ser sincera y llamarles a las cosas por su nombre. Por eso te he dicho que ha sido un polvo de mierda.

ALVARO - *(Molesto)* ¡Bueno, ya está bien, no hace falta que lo repitas! Tampoco hace falta que hagas sangre de ello. Es que hoy no estoy muy centrado.

CLAUDIA - *(Empezando a vestirse)* Oye, pues si no vas a estar centrado, me lo dices y dejamos los encuentros clandestinos que pasen a mejor vida.

ALVARO - No, no, eso tampoco. Que un gatillazo lo tiene cualquiera.

CLAUDIA - Ya lo sé. ¿Sabes lo que pienso?

ALVARO - ¿Qué?

CLAUDIA - Que, a lo mejor, se ha acabado el morbo o la pasión. Llámalo como quieras a esto que tenemos tú y yo, porque yo no logro ponerle nombre.

ALVARO - Yo te aseguro que por mi parte no se ha acabado, al contrario. *(Zalamero)* Claudia, si cuando te veo llegar me pongo como una moto. Estas últimamente tan... Cada día estás más guapa, y tienes un brillo en los ojos...

CLAUDIA - *(Sorprendida)* Gracias, hombre. Será el tono de pelo que me lo he cambiado.

ALVARO - Puede ser, pero yo creo que me ocultas algo, que hay algo más.

CLAUDIA - (*Coqueteando*) ¿Eso piensas? ¿Cómo qué?

ALVARO - No sé. A lo mejor se debe a los buenos ratos que pasamos los jueves en este hotel.

CLAUDIA - ¿Tú crees? Desde luego, si me lo hubiesen dicho antes, no me habría creído... Jodemos más ahora que en los dos últimos años que estuvimos casados.

ALVARO - (*Con una sonrisita mordaz*) Es lo que se dice, jodes menos que un casado.

CLAUDIA - (*Con intención*) Qué gracioso... ¿Es eso lo que te pasa a ti ahora con ella?

ALVARO - (*Se levanta de golpe y sale a toda prisa corriendo al baño*) ¡Perdona, perdona, pero tengo que salir pitando al lavabo! ¡Huy... huy... huy...!

CLAUDIA - ¡Oye! ¿Te encuentras bien?

ALVARO - (*Desde dentro del lavabo*) ¡Sí...! Bueno, no, me duele un poco el estómago.

CLAUDIA - Eso es algo no te ha sentado bien. (*Repasa*) Ahora que pienso, si no hemos comido nada.

ALVARO - (*Sigue dentro*) ¡Tú no, pero yo antes de venir me he comido un sándwich! ¡No quería perder tiempo para verte!

CLAUDIA - Qué fino te has vuelto. (*Con recochineo*) Un sándwich. ¿Y de qué era ese sándwich...?

ALVARO - (*Saliendo del baño*) (*Se escucha la cisterna*) De lomo con beicon y pimientos.

CLAUDIA - Cariño, siento contradecirte, pero eso de sándwich tenía poco. Eso que te has metido en el estómago era un bocata en toda regla, con doble ración de colesterol.

ALVARO - Qué exagerada eres, si era pequeñísimo.

CLAUDIA - Ya, pequeñito pero matón. Ahora entiendo por qué parecías un búfalo resoplando. Con todo ese colesterol en vena lo raro es que no te hayas quedao tieso.

ALVARO - Anda que no exageras tú ni nada.

CLAUDIA - ¿Y anoche qué cenaste?

ALVARO - Una pizza de anchoas y pimientos que estaba riquísima. (*Haciéndole una caricia*) Ya sabes lo que me gusta a mí todo lo italiano. (*Vuelve a correr hacia el lavabo*)

CLAUDIA - (*Con recochineo*) Sí, claro, ya lo he podido comprobar todos estos años. (*Para ella*) Con lo que me costó a mí mantenerlo sano y en un año está el pobre hecho una caca.

ALVARO - (*Sacando la cabeza*) ¿Qué dices?

CLAUDIA - Que las anchoas por la noche son muy pesadas.

ALVARO - Eso sí. Me he pasao la noche bebiendo agua, porque las jodias anchoas estaban más salás...

CLAUDIA - Normal.

ALVARO - Pero ya me conoces, cuando tengo una pizza delante no tengo medida.

CLAUDIA - Ya... ¿La hizo ella?

ALVARO - ¿Silvia?

CLAUDIA - Sí, claro, ella. ¿Quién va a ser? *(Le mira la chaqueta que está en una silla y ve un botón colgando, tira de él sin llegarlo a arrancar)*

ALVARO - *(Sale del lavabo)* No, qué va, la pedí yo por teléfono. Aunque ella ya me advirtió que las anchoas eran muy fuertes para por la noche.

CLAUDIA - *(Con recochineo)* Mira qué mona, qué detalle. O sea, que se acabó eso de la verdurita que me pedías a mí todas las noches, ¿no?

ALVARO - No, pero es que no había ido a comprar y tenía el frigorífico más vacío que la cuenta corriente.

CLAUDIA - ¿Eso va con segundas...?

ALVARO - Ni con segundas, ni con terceras, es la pura verdad.

CLAUDIA - Más o menos como antes, ¿no?

ALVARO - No, como antes, no, ahora cada uno tiene su cuenta.

CLAUDIA - *(Con intención)* Normal...

ALVARO - Y son muchos gastos.

CLAUDIA - Tienes más o menos como todo el mundo.

ALVARO - Sí, pero es que todo ha subido mucho, y mi sueldo cada vez está más congelao.

CLAUDIA - Medio país está igual que tú, pero me imagino que compartís gastos, ¿no...?

ALVARO - Sí, claro. ¡Sólo faltaría que no los compartiésemos! Recuerda que ahora tengo que pagar la mitad del piso y ese gasto antes no lo tenía.

CLAUDIA - Claro que no lo tenías, porque mis padres fueron muy generosos y nos lo regalaron.

ALVARO - Perdona, te lo regalaron a ti.

CLAUDIA - Naturalmente que me lo regalaron a mí, a su hija. Pero tú has vivido conmigo en él durante todos estos años, como si fuese tuyo, ¿no?

ALVARO - Sí, pero no lo era, y yo también puse dinero en él para mejorarlo, y ahora tengo que empezar de cero.

CLAUDIA - Oye, oye... ¿Me estas pidiendo algo?

ALVARO - No, cómo puedes pensar eso.

CLAUDIA - Por lo que estás diciendo. Haz memoria, que yo recuerde, tú sólo pagaste la calefacción y el aire acondicionado, nada más, todo lo demás lo puse yo. ¿Quieres que arranque los radiadores y te lo dé?

ALVARO - ¡Que tonterías estás diciendo!

CLAUDIA - ¡Pues entonces...! Que estés sin un céntimo, ¿es culpa mía?

ALVARO - No...

CLAUDIA - Pues eso.

ALVARO - Bien bonito que lo teníamos.

CLAUDIA - Y lo sigo teniendo. Ya sabes cómo cuido yo las cosas. En la habitación de la plancha me he hecho un vestidor precioso.

ALVARO - ¿Ya no planchas? Con lo que te gustaba.

CLAUDIA - (*Sorprendida*) ¿A mí...? Plancho, pero no como antes, que me pasaba el día planchando tus camisas. ¿Lo recuerdas?

ALVARO - (*Seco*) Sí, claro.

CLAUDIA - (*Con intención*) Ahora te las planchas tú, ¿no...?

ALVARO - Sí. ¿Qué pasa hoy que estás en plan interrogatorio?

CLAUDIA - Nada. ¿Qué va a pasar? Solo ha sido un comentario sin ninguna intención. No sé el piso que tenéis, pero no creo que sea para tanto compartir los gastos de la vivienda y la comida...

ALVARO - Es que también estoy pagando el coche.

CLAUDIA - ¡Ah, sí! Tu querido coche. Ese “cochazo” en el que apenas me monté.

ALVARO - Claudia, por favor, no empecemos con eso.

CLAUDIA - ¿Por qué? Porque no quieres que te recuerde que cuando estrenaste ese coche empezaste a ponerme los cuernos...

ALVARO - ¿Qué te pasa hoy? Estás equivocada, porque en realidad, no fue así.

CLAUDIA - Pues usted perdone. Tienes razón, pasaron tres semanas. Pero eso ahora ya me importa un pimiento. He necesitado seis meses de terapia para darme cuenta de que la culpa de la ruptura no fue mía.

ALVARO - Claudia, cariño, no te pongas así. Claro que no, tú no tuviste la culpa de nada, fui yo el que la jodió.

CLAUDIA - (*Con doble intención*) Sí, eso es seguro. Creo que es mejor que cambiemos de tema. Por lo que has comentado, haces tú la compra.

ALVARO - Compartimos las tareas domésticas.

CLAUDIA - (*Sorprendida*) ¿Tareas domésticas...? Te oigo y no puedo creerlo. Si cuando estabas conmigo no sabías ni lo que significaban esas palabras.

ALVARO - Mujer, dicho así...

CLAUDIA - (*Con doble intención*) Nada... nada, mírala qué lista... Yo en doce años nunca conseguí que me trajeses ni una barra de pan y ella en unos meses ya ha conseguido que le haga la compra entera. Vaya... vaya... Vivir para ver.

ALVARO - ¿Qué quieres que te diga? Si tienes razón, pero las personas cambiamos, ¿no...?

CLAUDIA - ¡Afortunadamente!

ALVARO - ¿No te habrás enfadado?

CLAUDIA - ¿Yo...? ¿Por qué? Si haces o no la compra, eso a mí ya no me afecta. Te lo digo, porque si comes tantas porquerías vas a acabar mal, muy mal...

ALVARO - (*Haciéndole una caricia*) ¿Y por qué no me cuidas tú?

CLAUDIA - ¡¿Qué...?! Esto sí que tiene guasa. Yo ya te he cuidado durante los trece años que vivimos juntos. (*Le aprieta los mofletes*) Cariño, fuiste tú el que rompió las reglas del juego y decidió que le cuidase la señorita Silvia.

ALVARO - Pero las cosas pueden volver a cambiar, ¿no...?

CLAUDIA - No, para mí están bien como están. Álvaro, entérate, las tornas han cambiado, “ahora” me toca a mí, pasar los buenos ratos, como tú los has pasado antes con la señorita Silvia. Y será “ella” la que tendrá que hacer el resto.

ALVARO - Hoy estas un poco guerrera, ¿no...?

CLAUDIA - No, para nada, estoy totalmente tranquila. ¿Ya te tomaste sal de frutas para el ardor?

ALVARO - ¡Otra vez!

CLAUDIA - Perdona... perdona...

ALVARO - No me tomé nada, es que tengo que comprar algo de eso, porque en el botiquín sólo hay tiritas y laxante.

CLAUDIA - (*Con una sonrisita*) ¿Laxante? (*Haciendo el gesto de sentarse*) ¿Qué no vais bien de...?

ALVARO - Yo, sí.

CLAUDIA - (*Sigue vistiéndose*) Es verdad, es verdad, tú vas hasta demasiado.

ALVARO - Oye, que esto es una cosa puntual, lo sabes mejor que nadie.

CLAUDIA - (*Con recochineo*) Pero ella, pobrecita, que lástima, ¿tiene problemas con el señor Roca?

ALVARO - No, es por la dieta que ha empezado, que lleva mucho arroz y mucho té. No quiere aumentar de peso.

CLAUDIA - (*Con intención sonriendo*) Oye, pues que tenga cuidado con esa dieta tan arroceras, porque se le puede hacer un tapón, que ríete del corcho de una botella de cava... ¿Tú, también te has apuntado a esa dieta con tanto grano...?

ALVARO - Me he apuntado a la vida sana.

CLAUDIA - (*Con una risita*) Ya, claro... claro... Por eso te hinchas a beicon, y a lomo, cuando ella no te ve, ¿no? Para mantenerte bien sano.

ALVARO - Mujer, cómo eres... (*Sale corriendo otra vez al lavabo*) Perdona. ¡Huy... huy... huy...!

CLAUDIA - Mi madre, cómo está el pobre. ¡Oye, te veo fatal! ¿Llamo a recepción y que te suban algo?

ALVARO - (*Desde dentro*) ¡No, no, que esto se me pasa enseguida! (*Sale*) ¿Ves? Ya está. Son solo retortijones.

CLAUDIA - Ya veo, ya... A propósito, (*Tirando del botón*) tienes este botón colgando, te lo arranco, ¿eh?

ALVARO - ¡No, no, déjalo!

CLAUDIA - (*Con el botón en la mano*) Lo siento ha sido sin querer. No te lo puedo coser porque no llevo ningún costurero.

ALVARO - No pasa nada, dámelo, ya me lo coseré cuando llegue a casa.

CLAUDIA - ¿Cómo? (*Con recochineo*) ¿Ahora también te coses los botones tú solito...?

ALVARO - (*Muy orgulloso*) Pues claro que sí. Los botones, el bajo de los pantalones, los descosidos de los bolsillos y todo lo que haga falta.

CLAUDIA - ¡Toma castaña! Ahora mismo me ha venido un flash.

ALVARO - ¿Un flash?

CLAUDIA - Sí. (*Sonriendo*) Te he visto zurciendo los calcetines con el huevo de madera como lo hacía mi abuela.

ALVARO - (*Se da cuenta que Claudia está sorprendida burlándose de él y trata de disimular*) Déjate de bromas, no te pases, que tampoco es eso.

CLAUDIA - Perdona, sólo era una broma.

ALVARO - Esto lo hago porque a Silvia no le gusta mucho eso de la costura.

CLAUDIA - (*Con intención*) Yo creo que a Silvia que no le gusta ni poco ni mucho, más bien, nada.

ALVARO - (*Justificándola*) Oye, tampoco a todo el mundo le tiene que gustar coser.

CLAUDIA - Claro que no. Mira, tú eras uno al que no le gustaba y ahora te animas a zurcir hasta los calcetines.

ALVARO - Deja de cachondearte que solo trato de ir con los tiempos que vivimos.

CLAUDIA - (*Sigue con la mofa*) Y me parece estupendo, porque la señorita Silvia, ya sufre bastante con su tapón... para tener que hacerte a ti de criada como te hacía yo.

ALVARO - Oye, que cuando le coges el punto a esto de la puntada resulta muy interesante.

CLAUDIA - ¡Sí, interesantísimo! Sobre todo, para ti, porque teniendo en cuenta que cada vez que veías la caja de costura salías corriendo como si las agujas se fuesen a lanzar sobre ti...

ALVARO - (*Con cara de bobo*) No, si tienes razón, pero ahora es diferente.

CLAUDIA - ¡Y tan diferente! Limpias la casa, haces la compra, planchas y hasta te coses los botones. Vaya... vaya...

ALVARO - Bueno, puedes dejar ese cachondeo...

CLAUDIA - No, de verdad, que estoy totalmente impresionada. Te estás convirtiendo en todo un "amo" de tu casa. ¿Sabes que estoy pensando?

ALVARO - ¿Qué?

CLAUDIA - Que he sido muy tonta, y te tenía muy mal enseñado.

ALVARO - Bueno, puede que tengas algo de razón.

CLAUDIA - Algo no, ¡la tengo toda!

ALVARO - Deja de cachondearte y anda, ven aquí conmigo, que estas guapísima, tienes últimamente, no sé, un brillo en los ojos muy sospechoso.

CLAUDIA - ¿Sospechoso? Sospechoso, ¿de qué?

ALVARO - ¿Estás saliendo con alguien?

CLAUDIA - Pues mira, ya que me lo preguntas te lo diré. Sí, lo has adivinado, hace tres semanas que estoy saliendo con un amigo.

ALVARO - (*Celoso*) ¿Amigo? ¿Lo conozco yo?

CLAUDIA - No, ¿Por qué lo tendrías que conocer tú?

ALVARO - ¿Cómo has dicho que se llama?

CLAUDIA - No lo he dicho. Y qué más te da a ti cómo se llame.

ALVARO - Como has dicho lo de un amigo, yo pensé...

CLAUDIA - Pues no pienses tanto, chato, no pienses tanto, que te va a entrar dolor de cabeza.

ALVARO - Vaya, no me habías contado nada.

CLAUDIA - ¿Y por qué tendría que contártelo? Si tú y yo ya no somos nada.

ALVARO - Tanto como nada... ¿Le has contado lo nuestro?

CLAUDIA - ¿Lo nuestro? ¿Qué nuestro? No hay nada nuestro.

ALVARO - Esto algo será.

CLAUDIA - Sí, claro, "el revolcón de los jueves".

Suena el móvil de Álvaro

ALVARO - (*Algo nervioso al ver el número*) Es Silvia. No te importa que lo coja, ¿verdad?

CLAUDIA - (*Mirándolo de arriba abajo*) No, por favor, cógelo, cógelo, antes de que se le cree un tapón. Ya sabes dónde ...

ALVARO - Enseguida cuelgo. (*En el móvil*) No, no cariño, hablada con mi compañero. Le decía que enseguida corto con lo que estoy haciendo. (*Nervioso*) ¿Cómo...? ¿Qué...? ¿Qué estás en la puerta de la oficina? ¿Eh...? ¿Qué estás a punto de coger el ascensor? (*Abre la ventana y saca el móvil fuera y se escucha el sonido de los coches*) ¡No! No lo cojas porque no estoy en la oficina, estamos en medio de un atasco, y por la pinta que tiene esto tengo como mínimo para una hora. Corta, y vete a casa que yo llegaré lo antes posible. Sí, lo recuerdo perfectamente que cenamos en el Sant Ángelo. No me has pillado ¿Lo ves cómo me acordaba? Sí, yo también a ti, mi amor. (*Le tira un beso*) Mua. (*Cierra el móvil*)

CLAUDIA - Te tiene bien controlado, ¿eh...?

ALVARO - No, qué va, es que estaba preocupada por mí.

CLAUDIA - Ya... (*Con doble intención*) Claro, como yo no me preocupaba...

ALVARO - Sí, sí te preocupabas y mucho, pero ya te he dicho que fui yo el que la jodió

CLAUDIA - Bueno, no vuelvas otra vez con eso. No tengo ninguna gana a remover ese capítulo de nuestra vida, no me hace ninguna gracia volver a revivirlo.

ALVARO - (*Se da cuenta de que ha metido la pata*) Ya...

CLAUDIA - Por cierto, el jueves que viene no me esperes.

ALVARO - ¿Por qué? ¿Vas a salir con él?

CLAUDIA - Sí, nos marchamos cuatro días a Roma, a visitar la ciudad eterna. Ya sabes, cómo me atrae la Fontana de Trevi.

ALVARO - Sí, ya lo recuerdo.

CLAUDIA - Lo recuerdas, ¿verdad? Siempre que planeábamos ir, salía algún capricho tuyo que lo impedía. Primero fue la moto, luego el equipo de golf, el coche, etc., etc.

ALVARO - Eran cosas para los dos.

CLAUDIA - ¿Seguro?

ALVARO - Cómo es que te vas con él, si apenas lo conoces. ¿Y si es un pirado?

CLAUDIA - Correré ese riesgo. (*Se está pintando los labios*) Bueno, pues yo me marchó, que tengo cosas que hacer, y tú, ya puedes correr a reunirte con ella, que no quiero ser yo motivo del atasco intestinal de la pobrecita Silvia.

ALVARO - Qué chistosa eres.

CLAUDIA - ¿Sí...? Como lo era antes. ¿O antes lo era menos?

ALVARO - Sí, claro que lo eras y muy simpática.

CLAUDIA - Pues de poco me sirvió.

ALVARO - No digas eso, recuerda como nos reíamos juntos.

CLAUDIA - Tiene gracia que me salgas ahora con eso.

ALVARO - (*La tira del brazo*) Anda, quédate un poquito más. Podemos recuperar la tarde. Nos metemos otra vez en la cama y nos damos un buen revolcón.

CLAUDIA - (*Probándole*) ¿Y ella?

ALVARO - Por ella no te preocupes, a Silvia la llamo y le cuento cualquier excusa.

CLAUDIA - (*Le ha cambiado la cara*) Ya. ¡Pero que mierda pinto yo aquí!

ALVARO - ¿Por qué dices eso? ¿Te pasa algo?

CLAUDIA - ¡Sí, me pasa, que ya he visto tu jueguito!

ALVARO - ¿Mi juego? ¿Qué juego?

CLAUDIA - ¿Y todavía tienes el cinismo de preguntármelo? ¡Acabas de hablar con ella, la llamas cariño, como si nada y al instante me estas proponiendo a mí que me acueste contigo! ¡Me estás dando un asco! ¡Eres un cerdo!

ALVARO - Pero, ¿qué te pasa ahora? ¡Llevas cuatro meses viniendo los jueves y ahora te entran los remordimientos!

CLAUDIA - ¿Remordimientos? ¡No, hijo, no! No te confundas, no son remordimientos, es que te he visto en todo tu esplendor. Te he visto hablando con ella y he sentido asco. Me ha dado una pena Silvia...

ALVARO - ¿Ahora me sales con esas?

CLAUDIA - Yo estaba indignada con ella y sólo quería vengarme por destrozar mi matrimonio, pero a fin de cuentas ella no me hizo nada, ella estaba soltera, podía hacer lo que le diera la gana, ¡Pero tú...! ¡Tú tenías un compromiso conmigo, si querías romperlo me lo hubieses dicho! (*Cambio*) Antes me sentía una mierda, que no estaba a tu altura, pero todo esto me ha hecho ver que el único mierda eres tú.

ALVARO - No digas eso, por favor, Claudia. Claudia, yo todavía te sigo queriendo, de verdad.

CLAUDIA - Tú no quieres a nadie ¡No quiero que vuelvas a pronunciar mi nombre! ¡Esto se acabó! ¿Te enteras? ¡Se acabó! ¡Este ha sido el último jueves que nos vemos!

ALVARO - ¡Claudia! ¡Claudia eso no!

CLAUDIA - ¡Que no pronuncies mi nombre! ¡Soy idiota! ¿Pero qué mierda hago yo aquí? Tengo un hombre maravilloso, que le gusto, un hombre que está enamorado de mí, y estoy aquí perdiendo el tiempo contigo.

(*Álvaro sale corriendo al cuarto de baño*)

ALVARO - (*Desde dentro*) ¡Claudia, por favor, no te vayas que no me encuentro bien! ¡Claudia, no me dejes así!

(*Claudia coge el móvil de Álvaro y busca el número de Silvia*)

CLAUDIA - ¿Silvia? No, no soy Álvaro, soy su ex... No, no, tranquila, no te preocupes, no le ha

pasado nada. Solo te llamo para que sepas que está con descomposición, en la habitación 205 del hotel Victoria. (*Con recochineo*) Sí, pobrecito, no se puede levantar del wáter. ¡Eso es, diarrea...! No, ¡qué va...! ¿Qué cómo lo sé? Porque he estado toda la tarde aquí con él. ¿Puedes venir a buscarlo? Porque está fatal. Sí, has oído bien, toda la tarde. Tranquila, Silvia, tranquila, no te pongas nerviosa. Ah, te aconsejo que, si quieres llevártelo a casa, le traigas una muda nueva y pases antes por una farmacia y le compres una caja de Fortasec, sino, veo difícil que puedas sacarlo de aquí. Sí, has oído bien. Apunta, For-ta-sec. Bueno, guapita, ya sabes, a cuidarse. (*Cierra el móvil y hablando con ella misma*) Bueno, Claudia esto ya está, ¡misión cumplida!

Coge el bolso, abre la puerta de la habitación y se retira.

Oscuro

M^a Luz Cruz

